

gar sus mal ganadas vestiduras. Saludélos de tal manera, que excedí los límites de la cortesía, mas por temor de haber dado en sus manos que por amor ni afición que jamás les tuve; porque ¿quién es su enemigo? El que es de tu oficio. Recibieronme con el mayor agrado que se puede significar, y compadecidas las taimadas gitanas de verme de la suerte que estaba, aun antes de informarse de la causa de mi llegada ni de lo que me había obligado á venir á tales horas á su morada campesina, me empezaron á desplumar como á corneja, á título de enjugar en su gran lumbre mi muy mojada ropa, por librarme de algun catarro ó resfriado; y aunque me quise excusar de dársela, por hacer su robo con rebozo de tener compasión, me dejaron en pelota, dándome para cubrir mis desnudas carnes una capa vieja de un gitano mozo. Yo enternecía la soledad de aquel monte y sus robustos árboles con los suspiros que daba de ver mi hacienda en monte tan sin piedad y en banco tan roto, no quitando los ojos de mi amado juhón, compañero en mis trabajos, depositario de mi caudal. Temí que por el peso reconociesen sus colchadas doblas y sus emboscados reales. Parecíame que aun siendo insensible, sentía el apartarse de mí, y que me decía con muda lengua: Adios, Estebanillo, que ya no nos hemos de ver mas. Estaba ocupado todo el rancho en enjugar mis funestos despojos, teniendo para este caso cercado todo el fuego y sitiada toda la hoguera.

Tenian entre ellos una algazara como gitanos, una alegría como gananciosos, y un temor como salteadores, pues cada instante volvían las cabezas por si llegaban en su seguimiento los dueños de su hotin y cabalgada. Estando todos de la suerte que he dicho y yo del modo que he pintado, llegaron de repente á vistas del rancho hasta veinte hombres, que, á lo que pareció y despues supe, eran escribas ó ministros de justicia, y á la voz de decir: Favor al Rey, como si fuera nombrar el nombre de Jesús entre legiones de demonios, se desapareció toda esta cuadrilla de Satanás con tanta velocidad, que imaginé que había sido por arte diabólica. Yo, hallándome solo, pensando que venían en busca mía para que acompañase al triste francés en la soledad de su prisión, por saber que tanta pena tiene el ladrón como el encubridor, y hallarme ligero de ropas y desembarazado de vestido, atravesando y saltando pantanos me libré de sus uñas, no habiendo podido de las de los gitanos, y como fui el postrero y la capa era corta, y por debajo de sus harapos daba reflejos la jaspeada camisa, seguían por estrella la que era palomar; iban todos tras de mí implorando el favor de la justicia, y yo con el de mis talones, despues de haber corrido mas de media legua, los dejé muy atrás, quedando tan rendidos como yo cansado. Caminé toda la noche por temer la voz del pregonero y por no quedarme helado en aquella desabrigada campaña. Anduve dos dias fuera de camino, asombrando pastores y atemorizando ermitaños, y al cabo de ellos llegué á Yelves, frontera de Extremadura, y valiéndome del poder del corregidor

y de la caridad del cura, y contándoles haber sido robado de gitanos, el uno mandó echar un plato, y el otro un guante, con que de veras se hizo el juego de quien viste al soldado, quedando yo agradecido y algo remediado. Contaronme ambos cómo los dichos gitanos habían hecho un hurto junto á Alvora, y que había salido la justicia en su seguimiento, y que habiéndolos hallado á todos en la campaña al abrigo de un gran fuego, se les habían huido sin poder coger á ninguno; mas que al fin habían dejado el hurto que habían hecho. Llegóse á mí un labrador, y preguntóme que si quería detenerme allí á coger aceituna, que me daría cada dia medio toston y de comer, con lo cual me podia remediar y tener para hacer mi viaje. Parecióme que era buena conveniencia, y así tuve por bien de servirle y estar con él mas de veinte dias, donde en cada uno de ellos hacia tres comidas á toda satisfacción; mas por hallarme afligido de la soledad del campo, de la frialdad del tiempo y falta de tabernas, y parecerme cargo de conciencia llevar de jornales mas que valia la aceituna que cogía, pues antes servía de estorbo y embarazo á los que me ayudaban, cobré un dia de fiesta lo que me debía mi amo, con lo cual me fui á la vuelta de Sevilla, despues de haberme fardado conforme á la posibilidad del dinero. Llegué á Mérida, puente y pasaje del memorable rio de Guadiana, adonde se acababa de fabricar un convento de monjas de Santa Clara; y por causa de haber falta de peones para su obra y por ir yo algo despeado, me puse á peon de albañil: Dábanme cada dia tres reales de jornal, y por juzgarme no tener malicia, no consentía la priora que ninguno sino yo entrase en el convento á sacar la cal que estaba dentro de él para que se fuese trabajando. Ocupaba en esto algunos ratos, y todas las veces que entraba en el dicho convento iba delante de mí la madre portera, tocando una campanilla para que se escondiesen y retirasen las religiosas; pero yo imagino que no estaban diestras en el son, pues antes parecia llamada que retirada; pues sin bastar cencerrear, todas compadecidas de mi gran trabajo y de mi poca edad y mi agudeza, en lugar de retirarse, se acercaban á mí y me daban algunas limosnas, aconsejándome que me volviese á mi tierra y no anduviese tan perdido como andaba.

Sucedíome en esta villa un gracioso chasco, y fué que un domingo de mañana me llevó un labrador honrado á una bodega suya á henchir en ella un pellejo de vino para llevar á su casa. Entramos los dos á hacer prueba del que fuese mejor, y habiendo hecho á puras candelillas un cirio pascual, me hizo tener la empegada vasija con un gran embudo que había metido en ella, agarrada con ambas manos; iba sacando de la tinaja cántaras de vino y vaciándolas en el cóncavo de botanas y engendrador de mosquitos; y mientras él volvía la cara á ir escudillando, me echaba de bruces en el remanso que hacia el embudo, y en el ínterin que él henchía su pellejo, yo rehenchía el mio. Atólo muy bien y echómele á cuestras, para que gozara la bodega de ver cuero sobre cuero y pellejo sobre pellejo; y ape-

nas lo tuve sobre mí, cuando me derrenqué y eché con la carga, cayendo en tierra á un mismo tiempo dos lios de vino ó dos cargas de mosto. Probó el labrador á levantarme, pero cansóse en balde, porque sola la cabeza me pesaba cien quintales, demás de ser mi barriga segunda cuba de Sahagun. Salió á la calle, buscó un hombre que le sacase el pellejo, y cuatro que me sacasen á mí. Pusiéronme, á pura fuerza de brazos, de patas en la calle, y no pudiendo sostenerme sobre ellas por haberme sacado de mi centro como atun á la puerta de la bodega, adonde no bastando inquietudes de muchachos, burlas de barbados y socorros de calderos, dormí como un lirón todo aquel dia y toda aquella noche, y tuve á gran milagro despertar el lunes á las once. Hallándome levado de fregados y espulgado de faltriqueras, levantéme como pude, y seguido de estudiantes mínimos y de muchachos de escuela, me salí al campo medio avergonzado, preguntando á los que me encontraban y se reían de mí: Camaradas, ¿por dónde va la danza? Volví á proseguir el camino de Sevilla, detúveme una semana en Cazalla, ayudando á cargar vino á unos arrieros de Constantina, adonde cada dia cogía una zorra por las orejas, y un lobo por la cola. Desde allí fui á Alcalá del Río, que está á dos leguas de Sevilla, y al pasar una barca que hay en su ribera, me preguntó un labrador si quería estar con amo. Y por responderle que sí, me llevó á media legua de allí, y me entregó á un cabrero suyo para que le ayudase á guardar un hato de cabras que tenía, y al despedirse de mí me dijo que tuviera buen ánimo y que sirviese bien, que con el tiempo podría ser que llegase á ser cabrero. Y pienso que ya lo hubiera sido muchas veces, si Dios no me hubiera guardado mi juicio y quitádome de la cabeza el no haberme casado. Comimos al medio dia de un gazpacho que me resfrió las tripas, y á la noche un ajo blanco que me encalabrínó las entrañas, y lo que mas sentí fué que teníamos un pollino por repostería, el cual debajo de los reposteros de dos pellejos lanudos nos guardaba y conservaba dos mortijas, cuyo licor, no siendo ondas de Ribadavia, eran olas del Bétis. Y como yo, enseñado á diferentes licores y á regalados manjares, me hallé arrepentido de haber vuelto media legua atrás de mi derecho camino; y así, dejando dormido á mi compañero, y madrugado dos horas antes del alba, pesqué el mejor cabrito de la manada, y echándomelo á cuestras, me hallé avergonzado de que me viesen solo aquel dia con pitones sobre la cabeza, á causa de ser el animalejo de buen tamaño.

Díme tan buena diligencia, que llegué muy temprano á Sevilla, aunque en mala ocasion, por ser en tiempo de la gran avenida de su rio, aunque ya había dos dias que era pasada. Vendí mi hijo de cabra en cuatro reales, apliqué el cansancio con hostiones crudos, camaroneitos con lima. Fuíme á dormir á la calle de la Galera, donde de ordinario hospedan la gente de mi porte. A la mañana visité las Cuevas, diéronme sus santos monjes potaje de frangollo y racion de vino, y dándome demás de esta limosna dos reales cada dia, me entretu-

ve algunos en sacar cieno hediondo de su cantina, de lo que había traído la creciente, y cansado de andar en bodegas vacías y de sacar ruinas aguadas, dí la vuelta á Sevilla, y encontrando un dia un aguador que me pareció letrado, porque tenía la barba de cola de pato, me aconsejé con él para que me adestrara cómo tendria modo de vivir sin dar lugar que los alguaciles me mirasen cada dia las plantas de las manos, sin decirme la buenaventura. El sin revolver libros me dijo que aunque era verdad que el vino que se vendía sabroso, oloroso y sustancioso, que no por eso dejaba de marearse muy bien la venta del agua, por ser muy calurosa aquella tierra y haber tanta infinidad de gente en ella; y que era oficio que con ser necesario en la república, no necesitaba de exámen ni había menester caudal. Dí por bueno su parecer, y comprando un cántaro y dos cristalininos vidrios me encastillé en el oficio de aguador, y entré á ser uno de los de su número. Empecé á vender agua fria de un pozo que había en casa de un portugués, en cuyo sencio parecia, segun su frialdad, ó que usurpaba los ampos al Ampo, ó que robaba los copos al Apenino. Costábame cada vez que lo llevaba no mas de dos maravedis, y sacaba de él dos reales. Hacia creer á todos los que acudían al reclamo del agua fria que era agua del Alameda, y para apoyar mejor mi mentira, ponía en el tapador un ramo pequeño, que hacia provision de él para toda la semana; con él daba muestras de venir donde no venía, siendo la mercancía falsa y sus armas contrahechas. Servía el tal ramo de acreditar el trato, adorno y garzota y penacho de mi carambanado cántaro. Algunos curiosos me preguntaron la causa de tenerla yo mas fria que los que la traían de la misma parte, y satisfacíales con decirles que por vender mas la tenía toda la mañana en nieve, y que á la tarde, mientras vendía un cántaro, dejaba otro resfriando, y que la ganancia suplía el gasto, con cuyo engaño vendía yo mas en un dia que los demás de esta profesion en una semana, teniendo menos trabajo y mas opinion. Ibame todas las tardes al corral de las comedias, y todos los caballeros por verme que era agudo y entremetido, me enviaban, en achaque de dar de beber á las damas, á darles recados amorosos. Bebían ellos por agradarme, y hacían lo mismo ellas por complacerme; de manera que usaba á un mismo tiempo dos oficios, tirando del uno racion, y del otro gajes; pues demás de pagarme diez veces doblada el agua, me gratificaban el ser corredero de oreja. Hallábame tan bien en este comercio, que jamás lo hubiera dejado si el cántaro no pesara y fuera verano todo el año. Quejábanse cada dia mis parroquianos de que padecían dolor de tripas y mal de ceática, y atribuyéndolo á otros desórdenes, echaba yo de ver que lo causaba la gran frialdad del pozo.

Vendían algunos aguadores por las mañanas, por no ser tiempo de tratar su mercancía, naranjas secas, en cuyo trato ganaban razonablemente. Y yo, ó ya fuese de envidia, ó porque ninguno de ellos me echase el pié delante, trabajé de un golpe tres diferentes mercancías, provechosas para la bolsa, y ocasionadas á tener

entrada en todas partes, con cuyo achaque daba recados á las doncellas mas recatadas, y nuecas á los maridos mas celosos. Eran jaboncillos para las manos, palillos y polvos para limpiar los dientes. Hacia los jaboncillos de jabon rallado, de harina de chochos y de aceite de esplego; daba á entender que eran jaboncillos de Bolognia. Cogia raíces de malvas, cocialas en vino y sangre de dragon, tostábalas en el horno y despachábalas por palillos de Moscovia. Formaba los polvos de piedras pomes, cogidas en la márgen de aquella celebrada ribera, y habiéndolas molido, las mezclaba con pequeña cantidad de polvos venimios, en cuya virtud se volvian rojos y pasaban á la plaza de polvos de coral de levante. Puse mi mesa de montambaneo, y ayudándome del oficio de charlatan, ensalzaba mis drogas y encarecía la cura, y vendía caro; porque la persona que quisiera cargar en España para vaciar en otros reinos, ha de vender sus mercancías por buhonerías de Dinamarca y invenciones de Basalicata, y curiosidades del Cuzco, naturalizarse el dueño por grison ó esguizaro; porque desestimando los españoles lo mucho bueno que encierra su patria, solo dan estima á raterías extranjeras. Vendílo todo tan caro y tan por sus cabales, que á los compradores obligaba á que lo estimasen, y á los que se ballaban presentes á que lo comprasen. Y como todas estas mercancías son cosas pertenecientes á la limpieza de la boca y á la blancura de las manos, eran las damas las que mas las despachaban, por ser las que menos las conocian, particularmente las representantas, por salir cada día á vista en la plaza del mundo. Hallábase en esta ocasion entreteniéndose en esta ciudad una de las mejores compañías de toda España. Era su autor, cuando no de los doce Pares de Francia, por lo menos uno de los doce de la fama. Tuve en virtud de estos dos badulaques conociencia con sus reinas fingidas y príncipes de á dos horas, y como en ellas no reina la avaricia, ni aun han conocido á la miseria, yo cargaba de reales, y ellas de piedras pomes, que puedo añadir por blason al escudero de los Gonzalez, por haber engañado á representantas, habiendo salido los que mas presumen de entendidos engañados de ellas. Habia una que, por razon de prenderse bien, prendía las mas libres voluntades. Tenia un marido á quien no tocó las tres virtudes teologales, sino las tres dichas de los de su arte, que son tener mujer hermosa, ser pretendida de señores generosos y estar con autor de fama. Era esta diosa, con tener partes sobrenaturales, medio motilona ó picaseca de la compañía, porque no hacia en ella mas de una parte, que era cantar, pero con tanto extremo, que era sirena de estos siglos y admiracion de los venideros. Tenia la edad de los versos de un soneto, y caminaba á tener conterilla. Era su posada patio de pretendientes, sala de chancillería y lonja de mercaderes, porque siempre estaba llena de visitas y sobrada de letras y memoriales. Yo, que todo lo trascendia, apenas vi el ramo, cuando me entré en la taberna. Iba siempre apercebido y cargado de mis jaboncillos, polvos y raíces, y sobre quién se los habia de feriar, se al-

borotaba todo el conclave, y al que despues de la competencia salia elegido, él no muy rico, gastó muy bien su bolsa, y quedando ufano, partia yo satisfecho. Díjome la tal dama una tarde que se habia aficionado de mí por verme muchacho, entremetido, agudo y desenfadado; que si queria servir, que me recibiera de mil amores, y que no era uso dar salario á los mozos de comedia, porque no necesitaban de nada, por los provechos que tenian; que si estos faltaran en su casa, que ella alcanzaria con el autor que tocara la caja en las villas, ó que pusiese los carteles. Yo, pareciendo ser aquella una vida descansada, y que á costa ajena podia ver las siete partidas del mundo, como el infante de Portugal, no quise hacerme de pencas ni que me rogasen lo que yo deseaba; dile el dulce *fiat*, y pedile dos dias de término para deshacerme de mi botica, y vender los cántaros y vasos, lo cual me concedió muy afablemente, y encomendándome el no faltar á mi palabra, me dió un real de á dos para que refrescase.

En este plazo hice baratillo de mis drogas y almoneda de mis pocos trastos, y no viendo la hora de ser solicitador de tanto pretendiente, me fuí á casa de mi ama, la cual me ocupó en cuatro oficios, por verme hábil y suficiente para todos ellos. Era el primero cansado, el segundo fastidioso, el tercero flemático, el cuarto peligroso. Serviale de camarero en casa, doblando y guardando todos sus vestidos; de faquin en la calle, llevándole y trayéndole la ropa á la casa de la comedia; de escudero en la iglesia y en los ensayos, y de embajador en todas partes. Tenia cada noche mi amo mil cuestiones con ella, sobre que yo la descalzaba, por presumirse que no era yo eunuco y por verme algo bonitillo de cara, y no tan mushacho, que no pudiera antes calzar que descalzar, por lo cual andaba en busca de un criado para despedirme á mí. Eran tantos los que acudían al galanteo de mi ama, picados de su resistencia y estimacion, ó celosos de verse desdeñados y juzgar á otros por favorecidos, que el aposento, que era cátedra de representantes, se habia trasformado en cuarto de contratacion. Contábanme todos sus penas, referíanme sus ansias, y dábanme parte de sus desvelos. Unos me presentaban dádivas, otros me ofrecian promesas, y otros me notificaban amenazas, y otros me daban billetes en verso, los cuales amanecian flores del Parnaso, y anochecian biznagas del Pegaso; y yo, como privado del rey, ó secretario de estado y guerra, recibia los dichos memoriales y la untura que venia con ellos por el buen informe y brevedad del despacho. Unas veces los consultaba, y otras veces, por ver la detencion de mi ama, los decretaba en esta forma: á los de los miserables ó pobres, no hay lugar; á los hijos de familia, en víspera de herencia, acuerde adelante; y á los ricos y generosos, désele lo que pide. Ibalos á todos dilatando el pleito, y á ninguno desconfiaba, antes los cargaba de esperanzas. Fingia muchas veces estar mi ama acatarrada de achaque del sereno de un particular, por hartarme de caramelos y azúcar cande; y otras les hacia creer que tenia convi-

dadas, con que me daba un verde de confituras, empanadas y pellas de manjar blanco el día que jugaba y perdía; porque de pícaro es dificultoso el sentar baza. Al tiempo de abrir los baules para sacar los vestidos ó para meterlos, me henchia la faltriquera de cintas y listones, y dándoselos á los amantes por favor y en su nombre, me satisfacian de suerte, que habia con que comprar la cantidad de lo que habia sacado y con que probar la mano toda la semana.

Quiso Bercebú, que dicen que jamás duerme, que habiéndose ido mis amos un día que no se representaba á pasear al arenal en un coche que habian pedido prestado, y habiendo quedado yo solo en la posada á limpiar y doblar todos los vestidos, porque estábamos en víspera de partirnós, entraron á llamarme dos mozos de la comedia y el guardarropa, para que nos fuésemos á holgar, por ser día de vacacion. Salí con ellos, entramos en una taberna, bebimos seis cuartillos de lo caro, jugamos á los naipes quién habia de pagar el escote; y por ser yo el condenado en costas, quedé tan picado, que desafié al guardarropa á jugar las pintas; el cual, no siendo escrupuloso y teniendo mas de negro que de blanco, á cuatro paradas me dejó sin blanca. Yo, abrasado de ver mi poca suerte, le dije que si me queria aguardar iria por dineros. Y diciéndome que sí, partí de carrera á mi posada, y sacando un manteo cubierto de pasamanos de oro que tenia mi ama, lo llevé á casa de un pastelero conocido mio, al cual le pedí veinte ducados prestados, diciendo que eran para mi ama, que le faltaban para acabar de pagar una joya que habia comprado; y que al instante que mi amo viniera se los volveria, demás de darle su ribete por el trabajo de contar dinero. El pastelero, viendo la prenda de tanta satisfaccion, me dió la cantidad que le pedí, con lo cual volví á jugar y á perder como de primero. Toméle dos reales de á ocho al ganancioso, por vía de alicantina, y con rebozo de préstamo, con los cuales me salí á la calle, y viéndome desesperado y lleno de congojas de haber perdido, por dar gusto á las manos, oficio tan provechoso para el cuerpo, me fuí á mi posada antigua de la calle de la Galera, adonde cené y dormí aquella noche con harta inquietud y desasosiego.

CAPITULO V.

En que se hace relacion de la ausencia que hizo de Sevilla á ser soldado de leva, y los varios acaecimientos que le sucedieron en Francia é Italia, y de cómo estuvo en Barcelona sentenciado á muerte.

Así que por unas pequeñas celosías de la misma morada descubri los reflejos de la luz del venidero día, cuando me vestí, teniendo el corazon lleno de pesares, y los ojos llenos de ternezas de ver la coz galiciana que le habia dado á mi ama, en satisfaccion del buen tratamiento que me habia hecho; y considerando el daño que me podia venir en echando menos el manteo, me salí de aquella ciudad, única flor de Andalucía, prodigio de valor del orbe, auxilio de todas las naciones y

erario de un nuevo mundo; y tomando el camino de Granada, á gozar de su apacible verano, di alcance á dos soldados, de estos que viven de tornillo, siendo siempre mansos y guías de todas las levas que se hacen. Dijéronme, despues de haber platicado con ellos, que iban á la vuelta de la villa de Arahál, por haber tenido noticia que estaba allí un capitan haciendo gente; y que era villa que no perecerian los que militaran bajo de su bandera. Yo, mudando de propósito y de viaje, los fuí acompañando, pagando todos el gasto que se hacia rata por cantidad. Llegamos segundo día á la dicha villa, y siendo bien admitidos del capitan, y sentado la plaza, gozamos quince dias de vuelo, pidiendo á los patrones empanadas de pechugas de fénix y cazuelas de huevos de hormigas. Vino orden de que marchásemos; y saliendo de la villa una mañana, hacia nuestro capitan la marcha del caracol, dejando el tránsito á la mano izquierda, y volviendo sobre la mano derecha. Prosiguió tres dias con esta disimulada cautela; pero al cuarto, enfadados todos los soldados que tenia, que éramos cerca de cincuenta, á la pasada de un bosque lo dejamos con solo la bandera, cajas, alférez y sargento, y con cinco mozas que llevábamos en el bagaje; que mal puede conservar una compañía quien siendo padre de familia de ella trata solo de adquirir para sí á costa de sudor ajeno, sin advertir que es cosa muy fácil hallar un capitan, y muy dificultosa juntar cincuenta soldados. Marché con esta compañía sin oficiales á la ciudad de Alcalá la Real, á juntarnos con la gente de la flota que de presente estaba en ella alojada, estando por cabo don Pedro Orsua, caballero del hábito de Santiago, adonde demás de ser bien recibidos, gozamos de buenos alojamientos y socorros. Andaba cada día con una docena de espadaclines á caza de corchetes, en seguimiento de soplonés y en alcance de fregonas. Haciamos de noche cacarear las gallinas, balar á los corderos, y gruñir á los lechones. Llegó el tiempo de la embarcacion, y siendo langostas de los campos, raposas de los cortijos, guarduños de los caminos, y lobos de las cabañas, pasamos á Montuque, Puente de Don Gonzalo, Estepa y Osuna. Ibamos yo y mis camaradas media legua delante de la manguardía; embargamos recuas de mulos, cáfilas de cabañiles y reatas de rocines, y fingiendo ser aposentador de compañía á falta de bagaje, cogia los cohechos, alzaba los embargos, y partia la presa, aconsejando á los despojados se apartasen del camino por el peligro de otros aposentadores, á fin que no llegase queja á mi capitan.

Llegamos á Cádiz, y al tiempo del embarcarnos me pareció ser desesperacion caminar sobre burra de palo, con temor de que se echase con la carga, ó se volviese patas arriba, por cuya consideracion me escondí á lo gazapo, y me zambullí á lo de jabalí seguido. Partió la flota al golfo, y yo al puerto, pues en el inter que ella pasó el de las Yeguas, yo senté plaza en el de Santa María. Y como mi natural ha sido de quebrantar el sétimo, y de conservar el quinto, tuve á dicha ser soldado de la galera *Santo Domingo* en la escuadra de Es-